

# La conquista de la historia

Vicente  
Sánchez-  
Biosca

**E**l fugitivo, El comisario McMillan y esposa, La familia Munster, Embrujada, Raíces... Son éstas algunas antiguas series que se remontan a veces a nuestra infancia y recientemente televisión española nos ha vuelto a ofrecer; por su parte, la TV3 ya había acudido hace un tiempo al celeberrimo Perry Mason, a Buck Rogers, el más reciente Doctor Who, el semicómico Batman, mientras la Euskal Telebista ponía en antena La chica de la tele. Añadamos a esto los continuos reciclajes de Dallas, Dinastía o Falcon Crest en ocasiones con un más que ligero retraso respecto a su emisión en USA o el hallazgo de algunas telenovelas hispanoamericanas y nos encontraremos ante un hecho innegable: la recuperación por la televisión actual de programas del pasado. Igualmente, parece confirmarse que este fenómeno se ha intensificado en España con la aparición de la tele matinal y, sobre todo, con la emisión ininterrumpida durante los fines de semana y todo hace pensar que el hecho habrá de acentuarse con la inminente TV continua. Vamos, pues, con un axioma: según cualquier televisión incrementa sus horas de emisión acude en porcentaje creciente a las series televisivas y, puesto que la producción actual o es más cara o escasea, se ve obligada a echar mano de la antigua. No creamos, pese a todo, que esto sólo nos afecta a nosotros: la televisión norteamericana, por ejemplo, recicla constantemente series bastante distantes en el tiempo hasta el punto de que junto a las de moda (Corrupción en Miami, Luz de luna, La ley de los Ángeles, Treinta y tantos...) cualquier espectador puede tener a su alcance aquellas jamás olvidadas producciones de antaño (Bonanza, Vacaciones en el mar, Misión imposible y tantas otras). En suma: puede asegurarse que a medida que televisión se amplía tanto en vertical (la programación más horas al día) como en horizontal (canales autonómicos, televisiones privadas, televisión por cable) esta proporción todavía se verá incrementada más y más.

Todos estos hechos obedecen — ¿quién lo duda? — a una lógica económica: las horas de emisión se multiplican mucho más rápidamente que la producción actual —propia o ajena importable— y las series son los más baratos entre los documentos remozables (a diferencia, pongamos por caso, de los informativos, la publicidad o las, por otra parte constantes, películas).

Lo curioso es que esta lógica provoca un extraño efecto tal vez insospechado y quién sabe si involuntario: el reconocimiento de un pasado en la televisión. Y esto es curioso precisamente porque un fenómeno

tan reciente como es la televisión reclama en la actualidad una cierta vejez, pide le sea reconocida su propia madurez, su experiencia. Por ello, la reposición que hace de su pasado no sólo solicita un consumo desinteresado y perezoso, sino que se rodea de un halo artístico que siempre le fue ajeno. Que viejos programas puedan inspirar la nostalgia o una vaga ternura ¿no es algo paradójico referido a la televisión?

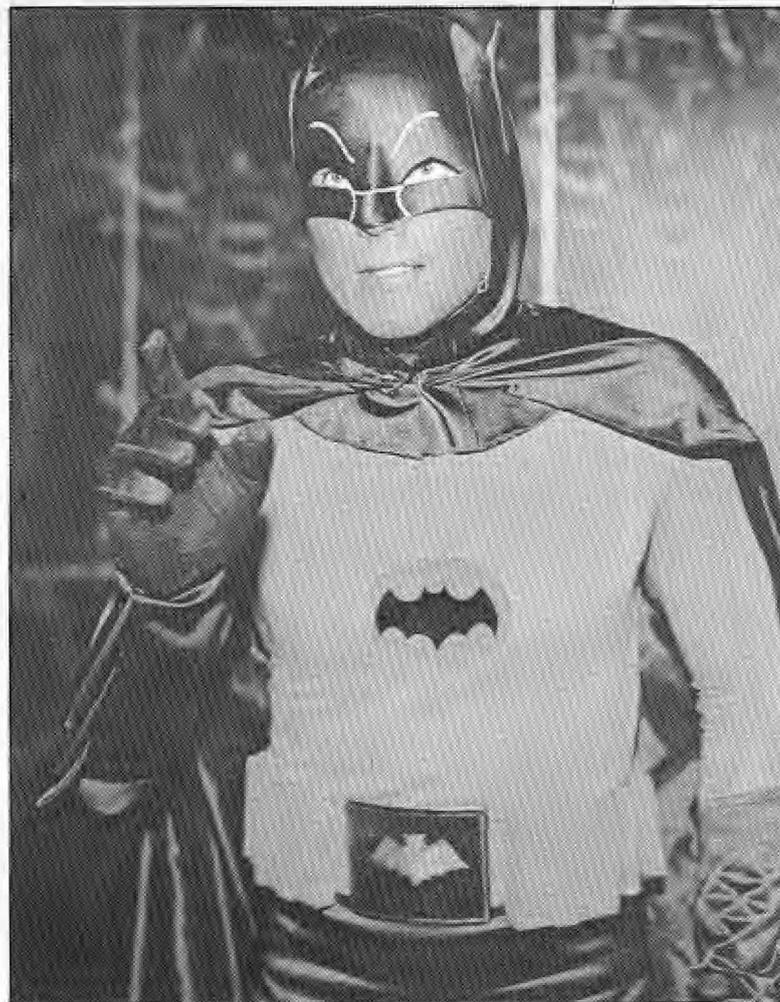
Un amigo, excelente crítico e historiador de cine, me contaba hace poco que su vídeo grabó un sábado por la noche algunas horas más de lo previsto. Su curiosidad dominical le entretuvo en lanzar una rápida ojeada a El fugitivo. Con extrañeza, mi amigo descubría planificación en las escenas, observaba una cámara que se desplazaba en travelling sin recurrir al confortable zoom que domina por doquier en la actualidad, mi amigo reconocía, aún salvando las distancias respecto al cine, un cuidado por la puesta en escena de este telefilm que a mediados de los sesenta él mismo habría desechado como signo de mecánica repetición.

En realidad, poco importa que los resultados de estos telefilms sean logrados o no; lo que sí es relevante es que representan al pasado y comienzan a ser leídos como tales, es decir, en el terreno de la arqueología. Te-

levisión ya no es sólo sinónimo de inmediatez como pareció una vez pretenderlo ella misma; por el contrario, hoy ya puede engalanarse de cierta historia y ostentarla, aunque las razones a fin de cuentas sean inconfesablemente financieras o simplemente económicas (ocupar tiempo de antena). Lo cierto es que estos mismos críticos que, como mi amigo, desatendían a los telefilms de los cincuenta por considerarlos una simplificación del cine de género, deben hoy preguntarse si algunos de aquéllos no estarán mejor planificados que buena parte de las películas actuales, las cuales imitan las concepciones de la más moderna televisión.

No desearía ir más lejos, al menos por ahora. Comenzar reconociendo que el medio no es maldito, que la televisión también tiene derecho a buscarse en el pasado (y, efectivamente, lo hace) es una forma de admitir aunque sea a regañadientes, que también ella tiene una historia y, en consecuencia, cambios, saltos, mutaciones... Y en nuestro mundo sólo se ha considerado digno de estudio aquello que fue embalsamado por la historia. Faltaría por confirmar si para ser convenientemente estudiada hay que pedirle a la televisión que se convierta en arqueología, es decir, que muera.

Batman ya  
es un  
venerable  
recuerdo  
que  
compite en  
televisión  
con el  
candor de  
Bonanza y  
el discreto  
kafkismo  
de El  
fugitivo



C-2324

Papeles de **Cultura**

remanu



**KATHARINE  
HEPBURN**

**EN SUEÑOS**

**DE JUVENTUD**

La mirada  
exterior

**PAPERS de  
CULTURA**

Any I - Núm. 9

Suplement de  
PAPERS d'Educació

**Director:** Juan  
Manuel Játiva  
Sevilla

**Director adjunt:**

Jorge García

**Disseny i**

**maquetació:** Rosa

Albero

**Fotografia:** Andrés

Castillo

**Col·laboradors:**

Joan Álvarez,

Gonzalo Badenes,

Manuel Caballero,

Juan Campos,

Alfons Cervera,

Elenà Costa,

Pepe Ginés,

Vicente Jarque,

Encarna Jiménez,

Fernando Larrauri,

Víctor Mansanet,

Rafa Marí,

Enric Martínez

Sigfrid Monleón,

Josep Vicent

Monzó

Abelardo Muñoz,

Ricardo Muñoz

Suay,

María José Muñoz

Peirats,

Criso Renovell,

Roger Salas,

Vicente Sánchez

Biosca,

Rodolf Sirera,

Ferran Torrent,

Xulio Ricardo

Trigo.

**Portada:** Cartel de

«Sueños de

juventud», de

Josep Renau

«Valencia es un vergel», dijo la actriz francesa Jeanne Moreau nada más aterrizar. Los naranjos la habían impresionado, y puede que ello se reflejara luego en la versión de su sirvienta Zerline que ofreció en el Rialto (páginas 22 a 24).

¿Volveremos todavía a aquello de «Valencia, jardín de España»? De lo que no cabe duda es que ésa ha sido la imagen que desde aquí se ha dado en el exterior. El argumento hortofrutícola, así como el cinematográfico, el industrial o el publicístico componen alguno de los tramos de la exposición Valencia Late (páginas 11 a 14) que puede verse en el Ateneo, una muestra consagrada al perfil que nuestra Comunidad ha proyectado de sí misma.

Octubre es tiempo de cine. Mientras el Ateneo acoge una abigarrada muestra de carteles cinematográficos, la Filmoteca ha publicado el primer volumen de una obra destinada a recordar la figura de Juan Piqueras, el crítico de Requena que se situó, durante la República, a la vanguardia internacional de la cultura cinematográfica (páginas 20 y 21). No es mal momento éste para recordar también los caprichos y desventuras de la cinefilia local (páginas 15 a 18), que acaba de encontrar en la Mostra una exótica colación de temporada.

Para caprichos, los de Mariscal, que ha titulado «Cien años con Mariscal» la exposición que recoge una muestra antológica de su obra en la Lonja. En una entrevista nos habló de Cobi, Julián y otros de sus fetiches (páginas 28 a 30). Y si la cocina de Mariscal está llena de las piezas más diversas, desde carritos y tresillos hasta telas estampadas y fanzines, no son menos sorprendentes los pucheros de algunos pintores valencianos que abrieron en PAPERS las puertas de sus laboratorios (páginas 25 a 27).

La última novela de Tom Wolfe devuelve actualidad al fenómeno del «nuevo periodismo» (páginas 40 y 41). Resguardado en Alginet del mundanal

ruido, el escritor Josep Lozano accede por fin a nuestras páginas (37 a 39). Salvador Oliva es otro raro de la cultura literaria catalana: nada menos que lleva entre manos la traducción íntegra del teatro de Shakespeare para TV3 (páginas 35 y 36).

La música de este número la ponen las campanas de Llorenç Barber, un vanguardista atraído por todo lo atávico (páginas 43 a 45). La danza, dos compañías valencianas, Vianants y Ananda, que estrenan sus últimos montajes en el teatro Principal (páginas 32 a 34.)

